

Y la Minga continúa...



Víctor de Currea-Lugo
(Fotografías)

Y la Minga continúa...

Víctor de Currea-Lugo
(Fotografías)

2020

Y la Minga continúa...

© Víctor de Currea-Lugo

ISBN 978-958-8592-65-7

Fotografías

© Víctor de Currea-Lugo

Curaduría:

Ángel Beccassino

Diseño, impresión y acabados:

Ediciones Ántropos Ltda.

www.edicionesantropos.com

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2020

Impreso en Colombia

Printed and made in Colombia

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Asociación Minga, la Organización Nacional Indígena de Colombia -ONIC. y la Corporación Viva la ciudadanía.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, mediante cualquier sistema, sin previa autorización escrita de la editorial.

Los colores de la dignidad, caminando por la esperanza

Ser indígena, campesino, negro, raizal y palenquero es un orgullo, un desafío y una pregunta sin respuesta permanente para nosotros los pueblos en Colombia. ¿Dónde está la justicia, dónde está el respeto a la vida de las comunidades, a sus territorios, a la historia, dónde está el Estado y Gobierno colombiano?

Sin embargo y sobreponiéndose frente a todas las adversidades, miles de comuneras y comuneros con sus bastones y palabra caminaron las montañas; pasaron los ríos, calles y carreteras, es entonces como llegaron hasta el territorio muisca. Atravesando el país en octubre del 2020, a casi un año del Gran Paro Nacional y luego de siete meses iniciada la pandemia en Colombia y en el mundo.

De mañanita el domingo 18 de octubre llegó a Bacatá “La Minga Por la Vida, la Paz, la Justicia y la Democracia” buscando tejer con el Gobierno de Iván Duque un diálogo político, respetuoso y transparente, sobre la grave situación que atraviesa el país, exigiendo garantías para el más elemental de los derechos: la vida.

Las autoridades estatales cerraron la puerta, no dieron la cara, pero en cambio y sin pedirlo, miles de personas abrieron sus casas y sus corazones a su paso. En Bacatá - Bogotá, donde fueron tomadas las fotos de este libro, la Minga se hermanó con otros, con el país urbano, popular y social, allí se plasmaron sus consignas, los bastones iluminaron la ciudad, llenaron de pasión las avenidas, más allá de no conseguir una reunión con los funcionarios públicos, la ciudadanía lo amplificó, lo tomó, lo revistió de muchedumbre, sabiduría y dignidad.

A una sola voz por la vida, la fiesta de la dignidad se tejió con el sentir y urgente llamado a revivir el Paro Nacional, atizando el camino de la esperanza: “De La Minga Al Paro 2020” y, como dice este libro, a ritmo de tambor por las principales avenidas de la capital se escuchó

la marcha con el profesorado, el movimiento estudiantil, sindical, de mujeres, junto con las comunidades urbanas, con otras personas del común preocupadas por la paz y la justicia en Colombia.

La Minga cumplió, caminó la palabra, se tomó las calles, desafió las adversidades, destruyó el imaginario estigmatizante de una ideología dominante, y trajo consigo a la Colombia rural, profunda y viva, llena de colores al son de la Madre Tierra, del Padre Creador y de quienes cada día despiertan. Esta ha sido ejemplo de respeto, orden y cuidado. En la historia quedará plasmada, en la memoria de los maestros, líderes y lideresas sociales, defensores de derechos humanos, líderes y lideresas ambientales, autoridades espirituales, y la ciudadanía en general. De regreso a sus territorios con la convicción de que la lucha y la resistencia siguen vivas, los y las mingueras continúan en la Minga por la vida y la esperanza colectiva.

A Víctor de Currea-Lugo, gracias por su incansable labor que nos lleva por el camino de los colores, las formas, sentires y estéticas, que constituyen a la Minga, para transmitirla y tejer con las comunidades la memoria de los pueblos en imágenes, a través de este grito de dignidad para curar el pasado, el presente, el futuro, con reparación y sin repetición, hasta que la dignidad se nos haga costumbre.

**Luis Fernando Arias,
Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC).**

Un saludo a la Minga

Ántropos viene del griego “humano” y así nos reconocemos, como un proyecto humano, hecho con las uñas, con esfuerzo, con las limitaciones de lo humano, pero también con la grandeza de lo humano.

Hace 30 años comenzamos a publicar e imprimir libros; somos una empresa en manos de la segunda generación de una familia que ha crecido entre libros. Sin duda podríamos dedicarnos a imprimir otras cosas, pero somos principalmente editores e impresores de libros y eso implica no sólo saber de libros, poder saborearlos, sino también tener calidad humana, ser capaz de compenetrarse con autores y editores, diseñadores e ilustradores, tener sentido de perfección, sentir de algún modo la paternidad o maternidad de cada obra que sale de nuestros talleres de imprenta. Y es que editamos e imprimimos libros para los humanos y estos son escritos por otras personas humanas, para compartir ideas humanas. Aunque todo esto suena cacofónico, lo que queremos resaltar es nuestro compromiso con la vida; hemos publicado innumerables libros sobre derechos humanos, hemos acompañado a las organizaciones desde los inicios de nuestra historia y estamos convencidos del papel que podemos jugar en esta construcción a veces utópica de lo que muchos soñamos que puede ser un país diferente y para todos y todas.

Hemos superado varias crisis y ahora hemos tenido que soportar una pandemia, pero no paramos nuestro trabajo, continuamos a pesar de las grandes adversidades que implican la producción de libros en medio de la crisis actual y de lo que se avecina. Nuestra apuesta tiene que ver con cosas básicas y simples, como la democracia, la paz, la igualdad y los derechos humanos. Por eso a la Minga, la aplaudimos, la saludamos y la acompañamos.

La palabra minga está de moda, pero no apareció hoy ni apareció con las marchas, sino que tiene una larga tradición. En principio nos dijeron que se trataba del trabajo colectivo, es decir, que la gente se junta para trabajar en la tierra del uno y luego ayuda en la tierra del otro, o trabajan juntos en una tierra de todos y de todas. Pero esa es una definición simplista, porque no solamente tiene que ver con trabajo sino que tiene que ver con la vida. Entonces, minga también es esa reunión para pensarse la vida. Es lo que hace la población indígena cuando se juntan, y no por horas como los ciudadanos, sino incluso por días a tomar decisiones políticas. Claro que son decisiones políticas porque son decisiones sobre la administración de la polis, de lo colectivo, de lo público.

La palabra se extendió, se extendió minga, y muchos empezaron a darle otros significados sin negar su significado original. Eso permite que muchas cosas sean minga sin dejar de ser lo que inicialmente se pensó. Hoy minga es reunión, es convite, es almorzar juntos, es asamblea, es reflexión colectiva, es protesta callejera, por eso trasciende a las comunidades indígenas, por eso en esta minga hay comunidades campesinas, comunidades negras y a ellas se han sumado además las organizaciones de trabajadores, el movimiento estudiantil, el profesorado y muchas otras.

La Minga deja de ser un asunto del Cauca, que a veces lo pensamos así desde afuera, porque también hay mingas en Catatumbo y en Chocó; y deja de ser un asunto de indígenas, porque también hay mingas de otros sectores, para convertirse en una agenda nacional. Y esa agenda nacional corresponde a la protesta frente al asesinato del liderazgo social, de los que firmaron la paz, de los que creen en la paz y de los militantes de los partidos de oposición. Esa minga pide justicia, pero más allá de los papeles, de los decretos y de las normas para que se vuelva una cosa real. Esa minga pide inclusión, pero más allá de las formalidades de un puesto burocrático. Y esa minga contagia dignidad, que es quizás lo que más asusta a los señores en ciertas esquinas de la sociedad. La marcha llegó y desde su entrada en Soacha la gente se volcó a ambos lados de la calle a saludar, como cuando llegó el papa, el colorido y las sonrisas opacaron la fatiga, la fuerza de sus cuerpos y las convicciones sembraron esperanzas.

Algunos intentaron reducirlos a seres sucios, brutos, feos, torpes y desordenados, pero la realidad fue muy diferente a eso. Lo que se observó durante su recorrido y al entrar en su campamento en Bogotá fue lo que hace tanta falta a nuestra sociedad: organización, solidaridad, disciplina, fuerza, convicción. Lograron, por ejemplo, una logística grandiosa para garantizar la comida y dormida de más de 7.000 personas que llegaron desde el Cauca. Pero, además, esa organización se percibe en el trato humano porque el rigor de las normas no impidió la flexibilidad de la imaginación. Sin duda nos han dejado lecciones a todos aquellos que no estuvimos allí, a todos los que la vimos y admiramos desde afuera, a todos los que escuchamos la consigna “¡Guardia, guardia! ¡Fuerza, fuerza!”, del himno de la Guardia Indígena, una organización dentro de ese movimiento social que se encarga de proteger y de velar por la vida.

Por todo esto, desde Ediciones Ántropos, como lo que mejor sabemos es hacer libros, quisimos aportar con este libro, para eternizar ese grito de La Minga, para darle el puesto estético que se merece y para manifestar todo nuestro apoyo. Juntos gritamos: “Indios que con valentía y fuerza en sus corazones, por justicia y pervivencia, hoy empuñan los bastones”.

Ediciones Ántropos Ltda.

Llegando a Bacatá



“Como cuando vino el papa” dijo un señor en Bosa, para definir ese montón de gente que se agolpó a uno y otro lado de la vía cuando cruzó la Minga con destino a la capital. Algunos mingueros me dijeron que venían prevenidos, porque los ciudadanos somos fríos, porque la ciudad es dura y la distancia social, más que una obligación por la pandemia, es una norma de comportamiento bogotano.

Salieron banderas, ciclistas, palmas y vuvuzelas, todo un carnaval. Alguien gritó “¡Viva la Minga!”, otros exclamaban “¡Guardia, guardia. Fuerza, fuerza!” y la alegría se contagiaba como en las finales de las carreras de ciclistas. Bogotá, hay que reconocerlo, sacó sus mejores caras.

La Minga entró por el sur, por barrios obreros y populares, por zonas donde comparten eso que pedía: justicia, paz, democracia, reconocimiento. La lista de hechos violentos en el país compite con la de los acuerdos firmados e incumplidos por los gobiernos. Pero esta vez no pedían una lista de cosas, como en las veces anteriores, sino algo más sencillo: respeto.

Desde el centro político las personas indígenas son vistas con desprecio, pero todos tenemos un pasado indígena. Incluso el nombre de la ciudad, Bogotá, es una versión de la palabra muisca Bacatá. Y aquí, más que a la Bogotá de las élites, la Minga ha llegado a juntarse con la Bacatá de sus ancestros.

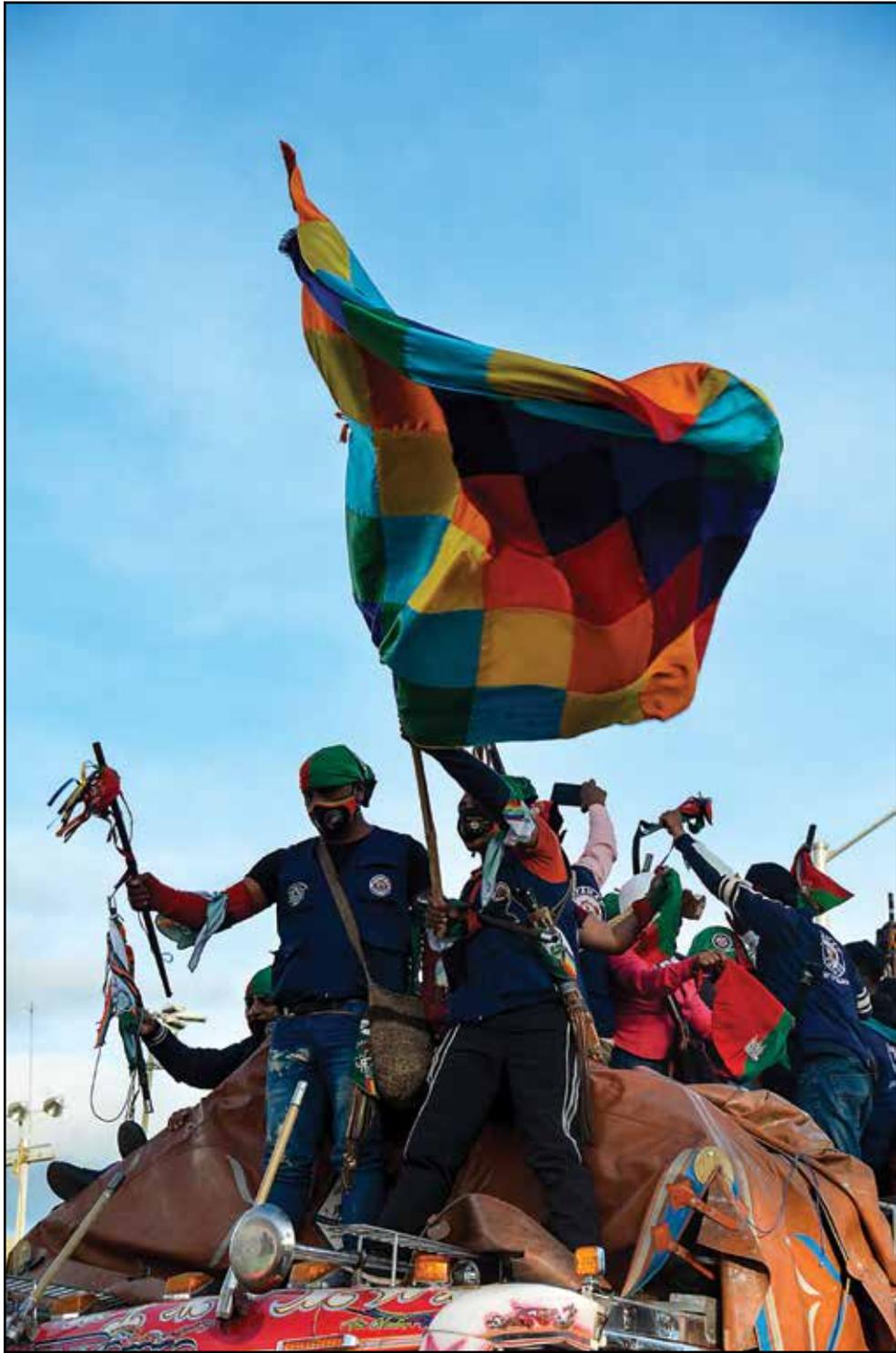




















Rostros de la Minga



Todos tenemos algo de indio en nuestra cara.

A veces es el tono tostado de la piel, o las cejas como marcadas por el sol, o los labios prestos a mascar maíz. A veces son los ojos indios, como dice el vallenato: “elegantes y chiquitos como flor de alelí”. El pelo indígena no miente, liso, negro, fuerte, como si fuera un lazo para atar los sueños y que no se los lleve el viento de la tarde.

Pero la Minga no es solo de indígenas. Y los rastros de las negritudes de la Minga también se reflejan en nuestro espejo: esa nariz más ancha que larga, esos labios gruesos, ese andar como a punto de empezar a bailar. Lo negro lo tenemos dentro y sale si el tambor lo llama, como un exorcismo para invocar el pasado.

Y lo campesino es aún más obvio: en la forma de mirar, eso decía mi abuela Isabel. Cuando no es en la cara, es en las manos, pero esa cara que hace juego con un sombrero vueltiao no se improvisa fácilmente. La Minga es un espejo colectivo donde nos reflejamos, solo basta abrir los ojos y mirar alrededor y ver nuestro reflejo.



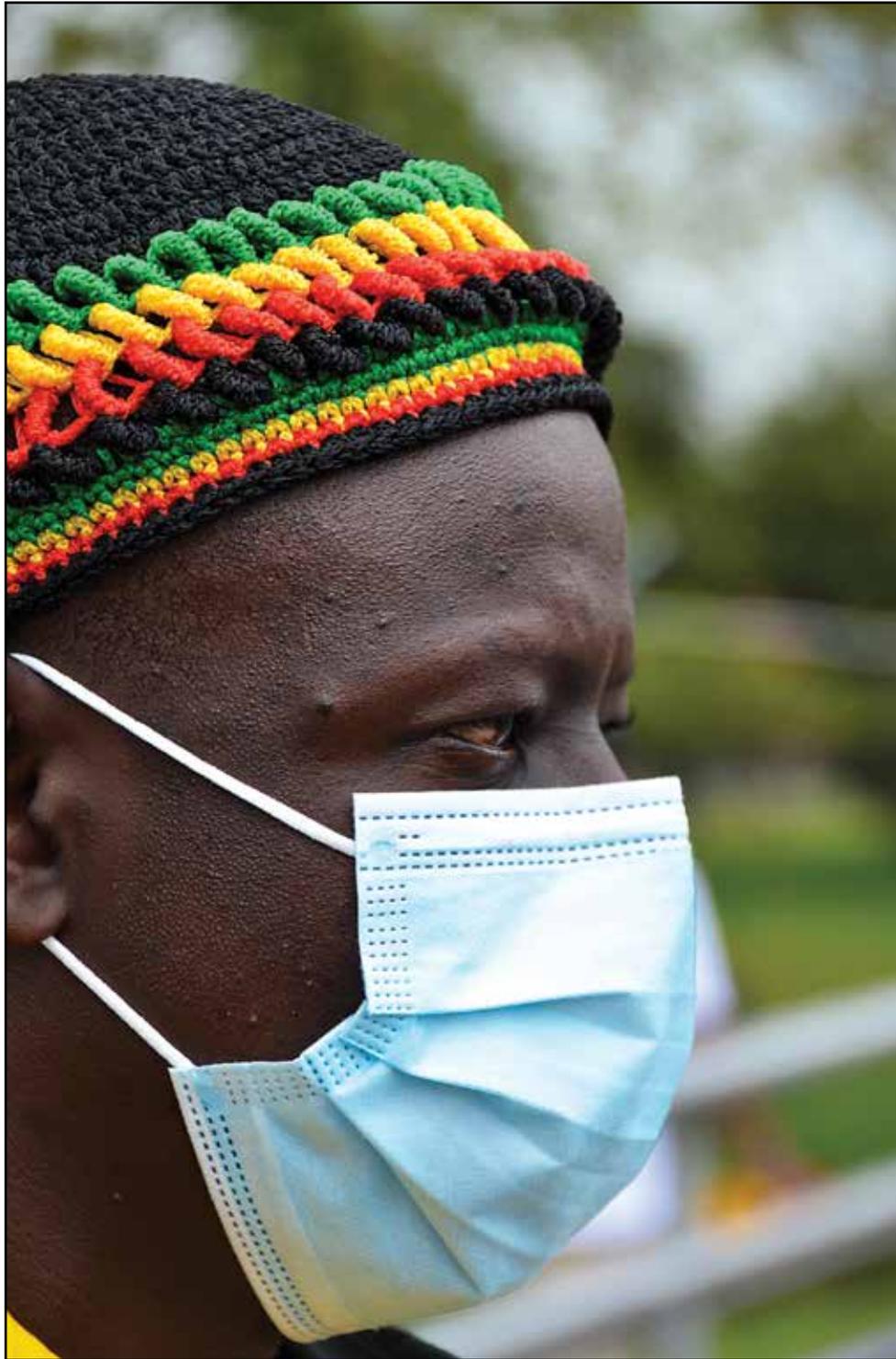






























Alimentando el espíritu



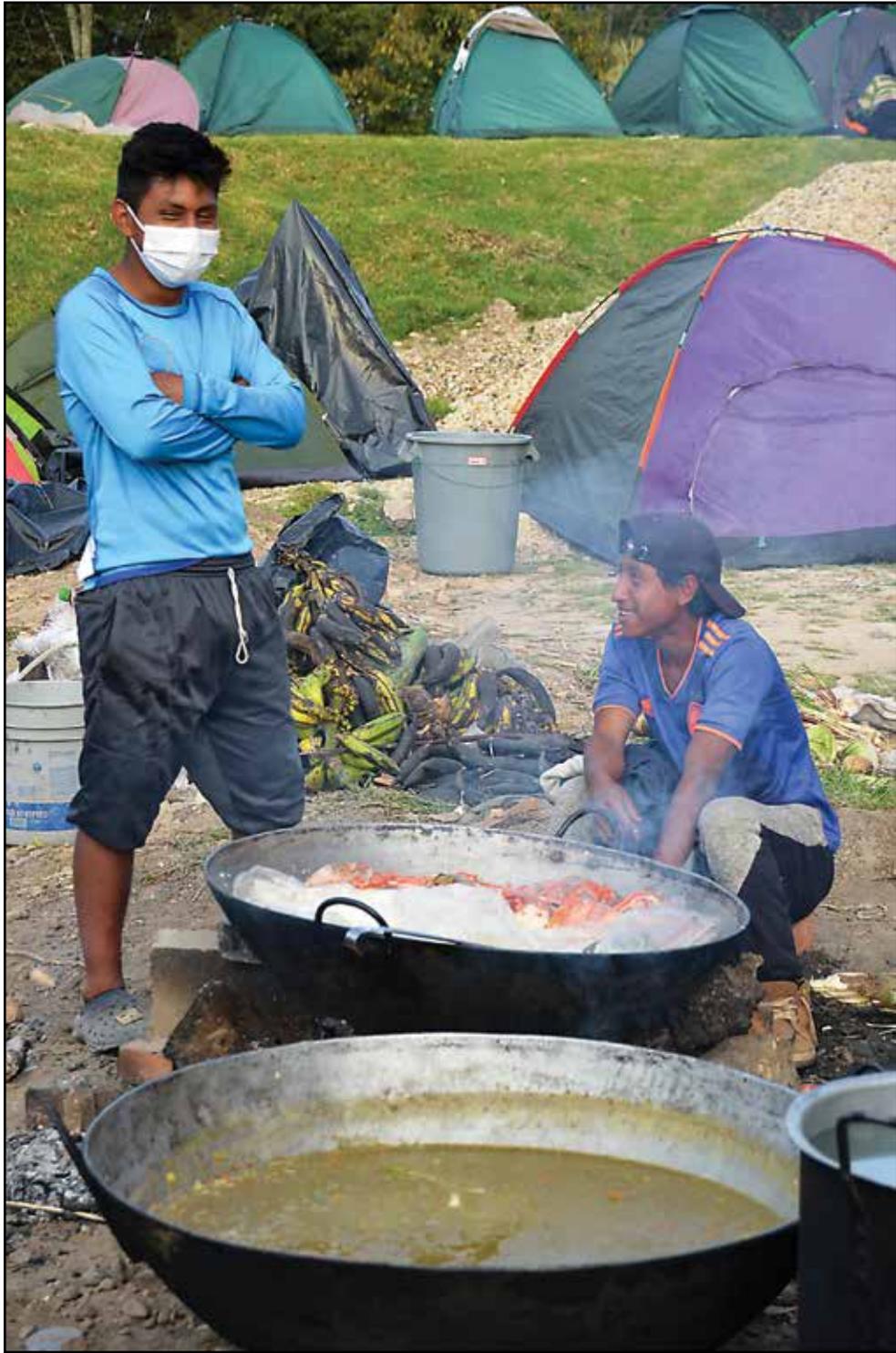
Mi padre, que en paz descansa, solía decir que a algún extranjero le dijeron que Colombia era un país peligroso, donde la gente andaba en taparrabos y comían una raíz venenosa llamada yuca. Pero ¿qué comen los indígenas? Maíz y haba, papa y guandú. En un ajiaco, en los envueltos y tamales, está la huella de nuestros ancestros. De hecho, Europa sobrevivió a sus guerras y sus crisis gracias a la papa.

Sin embargo, la comida escasea en el país, porque hemos importado desde café hasta algodón. Hoy importamos maíz, trigo y soya. Y esa entrada de productos tiene de base un campo abandonado, por el que la Minga vino a Bacatá, y unos negocios con Estados Unidos, de donde precisamente llegan armas, soldados y asesores.

Hay quienes suelen afirmar que los indígenas y los negros, y también los campesinos, comen atardeceres, que se alimentan a veces simplemente de la lluvia. A diferencia de los que vivimos en las ciudades, cuando llueve ellos sonríen porque saben lo importante que es una gota de agua en un cultivo. Y de postre un atardecer viendo el plantío.

Y la comida es colectiva. Donde come uno comen muchos, no dos ni tres, sino toda la Minga. La Minga puede verse como un trabajo colectivo, pero, según percibo, ese plato colectivo también es parte de la Minga.









En las calles muiscas



Caminar es algo que nuestro pueblo tiene entre las venas.
En las zonas rurales, los pocos que van a las pocas escuelas, tienen que andar por muchos caminos para llegar a recoger un poquito de enseñanza.
Caminan de vuelta al sembrado, al mercado por sal y a llevar algo de lo que cultivan, a visitar el vecindario, a revisar el ganado.

Muchas personas rurales en Colombia saben lo que es caminar por horas y por días huyendo de las balas y las bombas. Con la misma y única camisa que había a la mano, antes de que llegaran a matarlos. La Minga, además, camina la palabra. Yo no sé si caminan el silencio, pero lo conocen, porque otros han tratado de imponérselo.

Hoy caminan por las capitales, para decir lo que muchos por miedo o por tristeza callan. Y al andar, hacen camino, como dice el poeta.
Su Guardia pone el orden. Y no son marchas de protesta de unas horas, sino de días. Y lucen sus trajes con orgullo, porque su coctel está en la Minga, y no en frías casas ordenadas. Y sacan sus banderas y colores.

Caminan para los otros pero también para ellos, a veces pienso que más que todo para recordarse vivos y vivas, en medio de la guerra, para sentir que permanecen. Y no sé si en cada paso hay algo de ese ir a los cultivos, ese visitar el mercado y los vecinos. Y hay un certero paso de retorno en nombre de los miles de desplazados que ha dejado la guerra.

























La Minga y el paro nacional



Este título es parcialmente redundante. La Minga es también un detenerse a pensar y un paro es en esencia una minga. Como en algunas regiones del país, en todas para ser exacto, uno ve pequeñas quebradas que van bajando las montañas, bordeando los sembrados, juntándose más abajo para crecer junticos. Y esa quebrada se vuelve río y ese río va haciendo que sus orillas se alejen.

A veces bajan muertos flotando entre sus aguas, a veces cruza una culebra o una danta. Los peces escasean, por la contaminación de minería y narcotráfico. Pero el agua termina por encontrar su surco. Es más, cuando la gente atraviesa sus casas, a veces el río con rabia lo recobra. Así es la Minga con el paro. Es como un convite, dirían mis abuelos, cada uno lleva lo que tiene: una libra de sal, unas mazorcas.

Los que piden en el paro y en la Minga también confluyen:
que no maten más el liderazgo social de este país descuadernado,
que esto no es democracia, que resistir no es aguantar, que la gente está viva,
que la justicia tiene una esperanza.

La Minga y el paro, como la lluvia, tendrán que volver, porque no hay mal que dure cien años, ni pueblo que lo resista. Y si durante esos cien años toca volver, pues se juntarán cual quebraditas anónimas que van saliendo de las montañas para decirle al mundo que la Minga continúa.





Gobierno Com-
plice o Inepto
Frente al asesini-
nato de Lideres







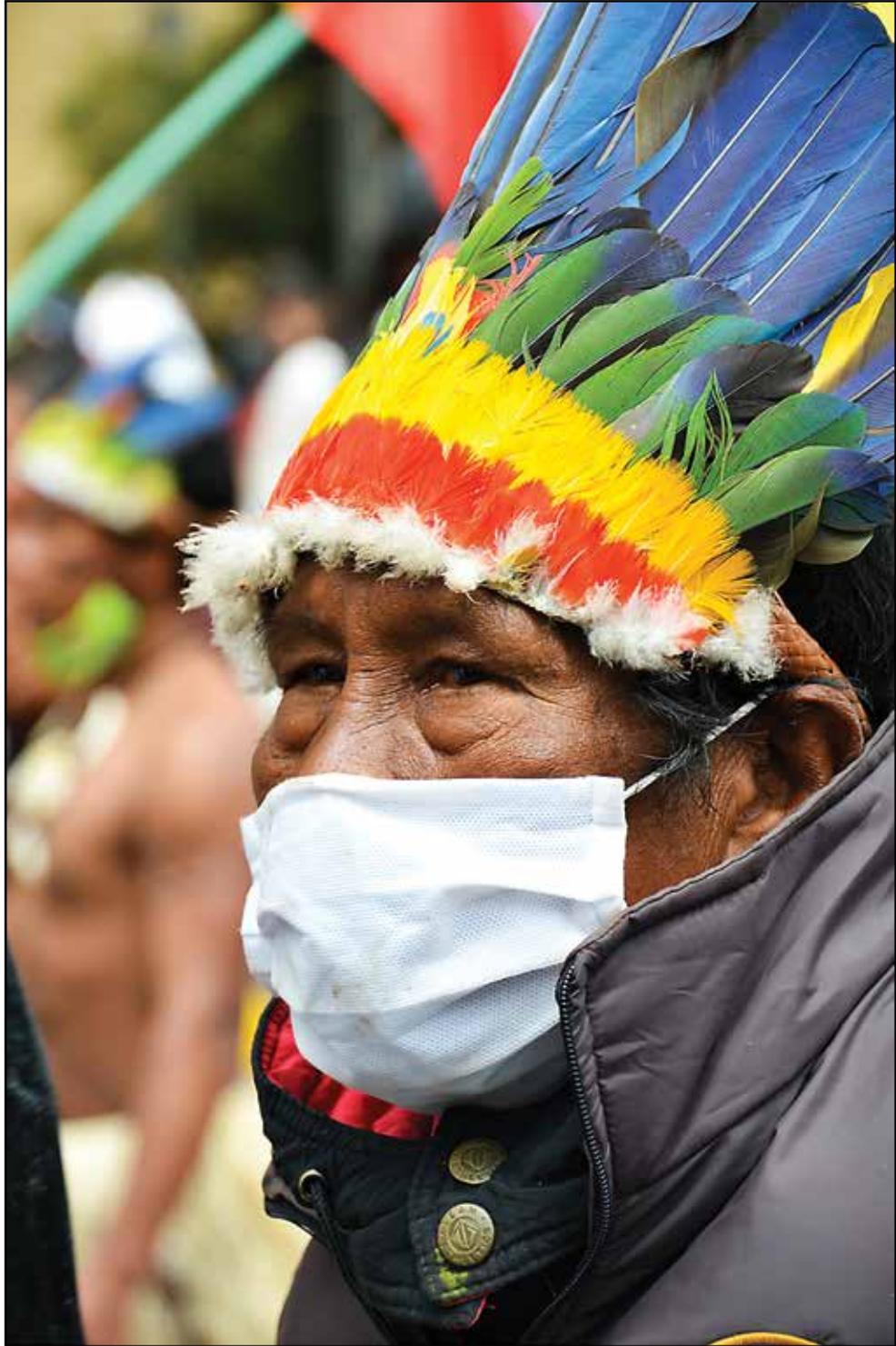


















A ritmo de tambor



El tambor es pura nostalgia de nuestro palpitar expuesto ya fuera del útero de nuestra madre. ¿Habrá un instrumento más antiguo, más simple y más usado? Ritmo y tambor son palabras hermanas. El tambor es hijo de la madera y del cuero, de las manos que golpean invocando un eco que viene desde África.

Los tambores han servido para alabar a dioses, para anunciar la guerra, celebrar matrimonios, despedir a los muertos y para llevar el paso en largas caminatas. Muchas veces es la invitación a la fiesta que nos recuerda las palabras del cantor: "cuando estoy en la parranda, no me acuerdo de la muerte". Es más, podríamos decir que el tambor espanta los malos espíritus, que en Colombia son muchos; por eso marchar con tambores es un ritual para exorcizar la guerra y sus dolores.

Los tambores no van solos, los vientos les acompañan y las cuerdas les siguen. Con esto y un poco de ganas, se pueden hacer bambucos y guabinas, cumbias y currulaos, joropos y merengues, pasillo y vallenato. Pero faltan manos que acaricien, corazones que den ritmo y bocas que acompañen con el canto.

Es bello cuando esa juntanza es para la fiesta y no para la muerte. Pero en todos los casos ahí está el tambor esperando para amplificar la voz de las personas que viven y mueren entre cantos sagrados.





















Con tapabocas, pero no en silencio



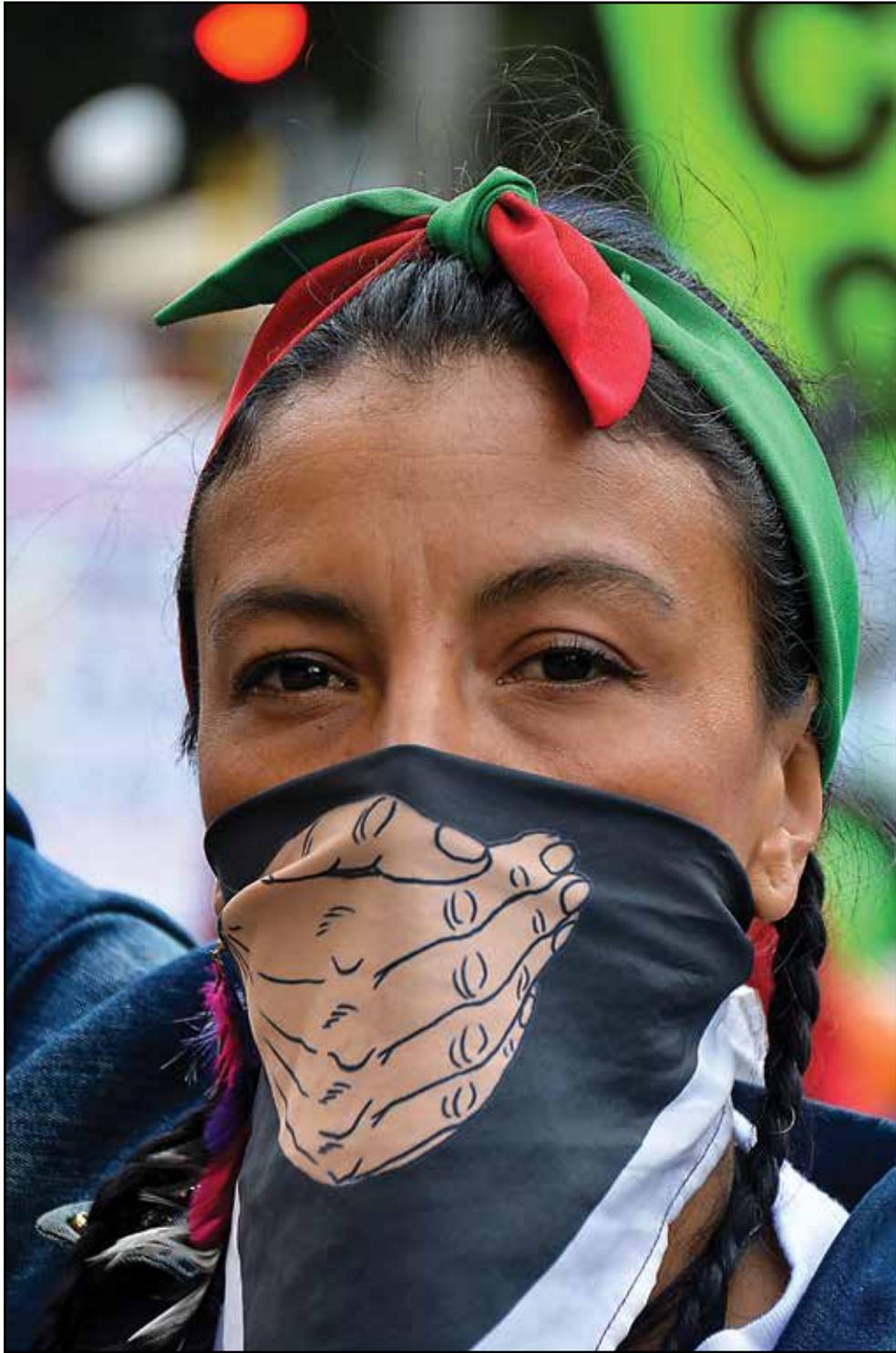
Y llegó la pandemia. Y con ella, la distancia física y las caras cubiertas.
La cuarentena y el silencio. Y el poder usó la enfermedad también
para meter miedo entre la gente. Pero a los pocos días, la gente supo
que distancia física no es lejanía social, que protegerse no es negarse,
que guardarse no es huir y que el tapabocas no es silencio.

Aquí hay gente, como me decían en la infancia, que si la callan
le salen letreros en la cara. Pues eso mismo pasa en nuestro pueblo.
Por eso la gente salió a la calles haciendo del trapo rojo de pedir ayuda una
bandera de protesta, luego marchó recordando cacerolazos y personas caí-
das. Y la Minga fue un llamado colectivo a volver a las calles,
pero con la prudencia que impone la pandemia.

Aprendimos a sonreír con los ojos y dejamos de señalar con los labios
para pasar a los letreros en la cara. Tal vez las pioneras fueron las madres
de Soacha con sus tapabocas que preguntan “¿Quién dio la orden?”
de asesinar a la esperanza.

Luego vi otro pidiendo “Renta básica ya” y otro recordando consignas
nuevas sobre viejas peleas de justicia. La cara se volvió una tribuna
y el tapabocas un pequeño pasacalles. Pero hay letreros que a lo mejor
merecen no un tapabocas sino miles, uno grande como las bocas de ceniza
donde termina el río Magdalena. Yo pondría uno desde La Guajira
hasta Nariño con una sola frase: “Yo creo que esto tiene salvación”.
Ojalá no me equivoque.



























EPÍLOGO

La Minga llegó a Bogotá, estuvo, fue, y se fue. Pero sigue aquí, porque se sabe que volverá, porque habrá motivos, porque hará falta. Porque su presencia tiene la capacidad de sacudir las rutinas que impiden a esta sociedad avanzar. Y por eso es necesaria.

Como cada vez que se hace presente, la Minga política y social ha sido un ejemplo de la articulación del individuo con el colectivo, esa expresión primaria de la política, del ser comunidad, que tan debilitada está en las ciudades contemporáneas.

La Minga puso ante nosotros el ejemplo de una actitud ante el mundo, ante la vida. Porque es la expresión de una forma profunda de respiración social, y por eso nunca deja de estar: es un movimiento que no cesa. Y eso hace que cuando serpentea por el país, la Minga genere a su paso alegría en los pueblos. Y que, por esa misma vitalidad que expresa, produzca temor cuando llega a la capital, llenándola de color y voces que hablan de justicia, conciencia, humanidad, irritando los nervios de quienes disfrutaban el comer excluyente, el privar a los demás.

La Minga es una expresión de lo que pudo ser y no ha sido ni es Colombia como sociedad. Por eso, la inquietud que inspira expresa el temor a la frustración que hay en quienes escogieron que sus vidas respondan a sus miedos antes que a sus sueños, esa puerta directa al fascismo.

“Nunca nos conoceremos a nosotros mismos y este debería ser el comienzo de una era de unidad nacional, una era de renacimiento”, escribió en Facebook el primer ministro de Armenia para anunciar la decisión de acabar la guerra con Azerbaiyán por la región de Nagorno Karabaj. Ocurrió pocos días después de que la Minga dejara la marca de su presencia en Bogotá. Una reflexión que se aplica a la perfección a lo que la Minga puso ante los ojos de este país una vez más, y de lo que son testimonio las fotografías de este libro, esa enseñanza de que pudimos, esa certeza de que podremos.

Angel Beccassino.

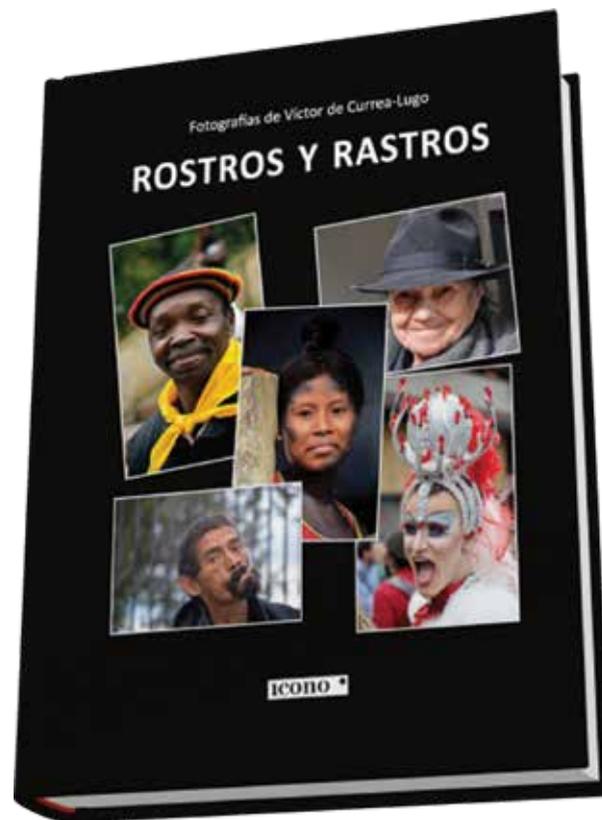


Víctor de Currea-Lugo

Médico, trabajador humanitario, periodista, profesor universitario,
activista por la paz, viajero incansable y escritor.

www.victordecurrealugo.com

Del mismo autor



Los contrastes, las paradojas y las contradicciones se mezclan en las pieles colombianas como indescifrables torbellinos que no terminan finalmente de forjar nuestro carácter nacional. Así lo constata la Constitución Política cuando indica que somos un país pluriétnico y multicultural, contradiciendo la historia de exclusión y marginalidad de los pueblos indígenas, negros y campesinos labradores de la tierra. Clases políticas y económicas elitistas que a pesar de llevar tez trigueña, cabellos lacios y estaturas bajas, lamentan cargar en su sangre el mestizaje que les hace colombianas y que gracias a esa sanguínea mixtura, tienen el empuje que les han llevado a donde están.

País de muchas rebeldías reprimidas por el Estado, de guerrillas curtidas por los largos años de existencia, pero también de comunidades apáticas a la participación y la esperanza. Sin embargo, todo cambia, como dice la canción, y de manera extraordinaria y con entusiasmo inusitado, esas mismas comunidades escépticas del país, ahora se movilizan y salieron a recibir a la Minga social y comunitaria por la defensa de la vida, el territorio, la democracia y la paz a su llegada a la capital del país, con miles de aplausos, vivas, pitos y algarabía propia de un folclor. Ese regocijo mutuo y encuentro de múltiples rostros, entre el sonido de cornetas de “chivas” engalanadas de festones y banderas multicolor, es lo que hoy le da sentido a la palabra legitimidad.

Sin mucha claridad de qué significa el vocablo minga, pues somos una sociedad más amante de los extranjerismos que de palabras tejidas en estas tierras, ahora la población siente que el término minga, encierra lucha, trabajo, montoneras de personas exigiendo derechos para todos y todas, y retando a los gobernantes a que cumplan lo pactado y las palabras empeñadas, devolviendo así, el sentido al concepto, dignidad.

Por ello y desde esta potente diversidad que nos muestra como una sociedad multifacética, plasmada de bella manera en estas páginas, la Asociación Minga sigue minguiando, acompañando a la Minga social y comunitaria e invitando a fortalecerla, hasta alcanzar un buen vivir.

Diana Sánchez Lara

Directora

Asociación Minga

